

Antonio Ramos Oliveira: una visión marxista de la historia de España

Antonio Ramos Oliveira: a marxist view of the history of Spain

Walther L. Bernecker

Universidad Erlangen-Núremberg

Resumen

El artículo analiza la obra del periodista e historiador Antonio Ramos Oliveira, ante todo sus libros marxistas escritos a lo largo de la Segunda República Española. Se resalta el desarrollo del autor de un socialismo reformista a un marxismo radical y el reflejo de esta radicalización ideológica en sus escritos. Ramos Oliveira se basa en conceptos marxistas, perceptibles ante todo en su libro *El capitalismo español al desnudo*, de 1935. Este estudio estructuralista trata de demostrar que el capitalismo español básicamente había fracasado y no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Palabras clave: Segunda República Española, análisis materialista, socialismo reformista, marxismo radical.

Abstract

*The article analyzes the work of the journalist and historian Antonio Ramos Oliveira, especially his Marxist books published during the Second Spanish Republic. Of special interest are the author's development from a reformist Socialism to a radical Marxism, and the repercussion of this ideological radicalization in his writings. Ramos Oliveira's work is based upon Marxist concepts, what is especially perceptible in his book *El capitalismo español al desnudo*, of 1935. This structuralist essay about Spanish capitalism, emphasizing the period from 1898 on, tries to demonstrate that Spanish capitalism basically had failed and that it had no chance to survive.*

Keywords: Second Spanish Republic, materialistic analysis, reformist socialism, radical Marxism.

Este artículo presenta la ideología y la obra marxista de un historiador muy poco conocido en España, Antonio Ramos Oliveira, que escribió sus libros más importantes en el exilio, donde no lograron la difusión que hubieran merecido; por su enfoque crítico-marxista tampoco circularon adecuadamente en la España franquista. Solo recientemente están recibiendo la atención que normalmente ya habrían recibido en los años cincuenta del siglo XX. El artículo se concentra en la obra de Ramos Oliveira publicada en los años de la Segunda República, pues es esta fase histórica la que mejor permite observar y analizar la trayectoria ideológica del autor. Solo al final del artículo se presentará, brevemente, la obra *Historia de España*, publicada en 1952 en el exilio mexicano.

Trayectoria familiar y laboral hasta el final de la Guerra Civil

La vida de Antonio Ramos Oliveira (ARO) ha sido marcada profundamente por los sobresaltos de la época histórica que le tocó vivir; como en el caso de tantos otros exiliados se puede decir que parte de su trayectoria personal y profesional le ha sido impuesta desde fuera. Antonio, nacido en 1907 en Zalamea la Real (Huelva), solo pasó los primeros años de su infancia en su lugar natal, pues ya en 1914 la familia se trasladó por motivos laborales a Sevilla y en 1916 a Madrid, donde el joven ARO cursó la segunda enseñanza. Sin una formación específica, muy pronto se dedicó al periodismo; de su madre había recibido una sólida instrucción en casa a lo largo de su niñez y juventud.

Antonio se afilió muy joven, a los 18 años (en 1925), al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y al sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT). Ya en 1927 intervino en actividades políticas. Así, para el Primero de Mayo de 1927, el pe-



Antonio Ramos Oliveira, fecha desconocida (Fuente: Urgoiti Editores).

riódico *El Imparcial* recogía una nota acerca de la participación de ARO en un mitín del Partido Socialista en el Puente de Vallecas, muestra de su muy temprana socialización política.

Los años de la Segunda República Española (1931-1936) serían determinantes no solo para el futuro del país, sino también para Ramos Oliveira y su posicionamiento político. Después de su regreso, desde Berlín (donde trabajaba de corresponsal para varios periódicos) a Madrid, a los pocos meses de proclamarse la República ingresó en la agrupación socialista capitalina, y desde 1932 era miembro de la Asociación de la Prensa. Fueron años de intensa actividad política, periodística, de masiva participa-

ción en mítines, en los que muchas veces dio charlas y conferencias. Sus continuas alusiones históricas permiten reconocer ya tempranamente sus profundos conocimientos históricos, adquiridos de manera autodidacta. En aquellos años, participó del proceso de radicalización que las organizaciones socialistas experimentaron durante la Segunda República, bien testimoniada en su obra *Nosotros los marxistas. Marx contra Lenin*, de 1932, la cual suministró argumentos a las posiciones largocaballeristas en los debates doctrinales del socialismo español de los años treinta^[1]. Solo un año más tarde, publicó *Alemania: ayer y hoy*, obra en la que relata la experiencia de su periplo germánico^[2]. En las elecciones generales a las Cortes españolas de 1933, sería candidato del PSOE por Huelva, pero no resultó elegido.

La posible participación de Ramos Oliveira en la «Revolución de Octubre» de 1934 no está del todo aclarada. Mientras que Antonio mismo negó haber tomado parte en el movimiento, una nota de *La Epoca* de diciembre de 1934 escribía bajo el título «El redactor jefe de *El Socialista*, procesado» que había sido detenido con motivo de los sucesos revolucionarios de octubre y procesado por la publicación en *El Socialista* de una carta apócrifa que originó una querrela. Al parecer, el entonces director de *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, no asumió la responsabilidad de la publicación que recayó sobre Ramos Oliveira^[3]. Ese mismo año escribió, en solo dos meses, «en la Cárcel de Madrid», su libro *La Revolución Española de Octubre: ensayo político*, publicado a principios de 1935 por la Editorial España. En agosto de 1935, *El Heraldo* publicó la noticia de la recogida, por parte de la Dirección

General de Seguridad, de la obra de ARO *El capitalismo español al desnudo*, publicada justo entonces, en la que el autor hacía un repaso crítico de la economía española desde el siglo XVI. También este polémico libro fue escrito en la Cárcel Modelo de Madrid. El contenido de esta obra es parcialmente visible en algunas partes e interpretaciones generales de su posterior *Historia de España*.

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 hizo posible que Antonio Ramos Oliveira regresara de Londres (a donde había huido en 1935) a España. Ya comenzada la Guerra Civil, ARO se quedaría definitivamente en Inglaterra como Agregado de Prensa en la Embajada española. En ese momento no podía saber que a fin de cuentas se quedaría por 14 largos años en Gran Bretaña, hasta 1950, año en el que emigró a México, el país que iba a ser su último destino (murió en 1973), si bien interrumpido continuamente por muchas estancias en otros países, al servicio de las Naciones Unidas.

Del socialismo reformista a la revolución social

Para analizar el desarrollo intelectual e ideológico del historiador socialista, la década comprendida entre finales de los años veinte y finales de los treinta, fue decisiva. Se trata de la fase en la que ARO —joven todavía, entre veinte y treinta años— comenzó a lidiar en el campo político. A pesar de su temprana edad, rápidamente logró ocupar puestos importantes en el socialismo español, ante todo en el periódico oficial del PSOE, *El Socialista*, donde primero obtuvo el puesto de redactor del extranjero; después fue enviado especial en Berlín, y ya en 1931 ascendió al puesto de redactor-jefe del periódico. Formó parte del círculo cer-

1.- Sobre la radicalización socialista en los años treinta, cf. los siguientes dos capítulos.

2.- Antonio Ramos Oliveira, *Alemania ayer y hoy*, Madrid, Imp. De Bolaños y Aguilar, 1933.

3.- Cf. *La Epoca*, 21 de diciembre de 1934.

cano a Luis Araquistain y a Francisco Largo Caballero, y junto a ellos forzó, a partir de 1933, el proceso de radicalización del Partido Socialista que desembocó en la «Revolución de Octubre» de 1934 y que llevó a Ramos Oliveira a la cárcel. Paralelamente a estas actividades profesionales y políticas, se lanzó de lleno a presentar al público análisis elaborados de la situación sociohistórica y política del momento, publicando en la primera mitad de los años treinta a un ritmo acelerado —aparte de muchos artículos periodísticos y ensayos— nada menos que tres libros, importantes para entender su evolución ideológica y la del socialismo de la época.

Aun antes de proclamarse la República, ARO había señalado que España necesitaba reformas radicales, que solo podrían realizar los socialistas en el gobierno, ya que el país, «en su gran trama política, social y psicológica, no es sino una cadena de desatinos»^[4]. Y unos tres meses antes ya había descrito en *El Socialista* las tareas que tendría la República: «La primera tarea que se han de imponer los hombres de la República —si se llega a implantar— será la de estructurar a España en molde opuesto al actual. Rectificar la historia. Esa es la primera gran cuestión política, que, al resolverse, implicará la resolución del problema de la tierra y del clerical, nuestros dos problemas máximos»^[5].

4.- Antonio Ramos Oliveira: «La policía y el orden público», *El Socialista*, 25 de noviembre de 1930. Esta visión pesimista de la historia de España se repetiría, unas décadas más tarde, en su obra *Historia de España*. El prólogo de Ramos Oliveira que abre esa obra comienza con las palabras: «Tal vez no encontremos en el mundo una nación que haya tenido menos oportunidad de decidir su propio destino que la española. En rigor, la Historia de España no la han hecho los españoles más que en mínima parte; la han hecho a menudo sucesos y accidentes en cuyo desencadenamiento no ha tenido mano el español y cuya trayectoria tampoco ha podido gobernar.»

5.- Antonio Ramos Oliveira, «España no es África», *El Socialista*, 2 de septiembre de 1930, p. 1.

En un artículo suyo publicado unos años después, ya en plena República, bajo el título «El socialismo español de 1909-1934», Ramos Oliveira explicaba la función histórica del socialismo organizado en España: «España debe al Partido Socialista nada menos que esto: el despertar de la conciencia civil en el proletariado y en la clase media»^[6]. En otro escrito, en el que comentaba la falta de debates teóricos en el socialismo español, convertía este defecto en virtud, oponiendo la «desorientación» en el seno de los partidos socialistas en el extranjero (p. ej. en Alemania) al «marxismo» seguido por el socialismo español al que atribuía una estrategia revolucionaria más adecuada en términos comparativos: «El talento, el instinto o la capacidad política en sus dirigentes, o la casualidad, lo que sea, han impreso al socialismo español un ritmo y una estrategia revolucionaria que el marxista más exigente no podrá, sin cometer una arbitrariedad, impugnar»^[7]. Ramos Oliveira defendía, pues, la tesis que el socialismo español había seguido en el último medio siglo una ruta correcta, la «marxista» (sin especificar, qué entendía por «marxismo»), y que debía seguir por esta senda. En otro lugar del mismo libro dio expresión a su convicción de que el socialismo español había recorrido una ruta impecable: «Ni dogmático de izquierda ni dogmático de derecha, el partido socialista español tiene una historia de oportunismo marxista que le ha valido triunfos resonantes, muchos de los cuales no han sido apreciados aún en su largo alcance. Insurreccional en 1917, legalista en la República, ni insurreccional ni legalista, puesto que no había ley, durante la dictadura, la táctica de los socialistas espa-

6.- Antonio Ramos Oliveira, «El socialismo español de 1909-1934», *Leviatán*, tomo I, mayo-agosto de 1934, reimp. 1974 (cf. nota 21), p. 27.

7.- Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*, Madrid, Editorial España 1932, p. 138.

ños es una afirmación del marxismo como acción que difícilmente podrá mejorar ningún partido socialista del mundo»^[8]. Resaltando el «marxismo como acción», parece que repudiaba el papel de la teoría como guía de la acción, pues admitía que incluso la «casualidad» podía haber sido la base de la correcta «estrategia revolucionaria» de los socialistas españoles. En este análisis del socialismo español reluce la temprana edad de su autor, que entonces tenía tan solo 25 años, y su inmadurez teórica.

En el socialismo español, tradicionalmente ha habido poco debate teórico. Y durante décadas, apenas se escribió sobre Marx como filósofo y economista o como forjador de la ciencia social. El pequeño grupo internacionalista marxista estaba, ante todo, dedicado a la organización de la actividad política y sindical cotidiana. No sería hasta los años treinta del siglo XX que se produjo un debate teórico, que resultaba por un lado de la necesidad de tomar posiciones frente a la Tercera Internacional, y de otro por la radicalización política de la clase obrera española ante una burguesía cada vez más intransigente frente a las moderadas concesiones a que la República la obligaba. Empezaron a difundirse masivamente las obras de Marx, Engels y Lenin, y al mismo tiempo proliferaban nuevas revistas como *La Nueva Era* o *Comunismo* y, con una acentuada orientación teórica, *Leviatán*. Este auge de bibliografía marxista incluso se puede cuantificar: Durante los ocho años que van de 1930 a 1937 se publicaron tres veces más títulos sobre Marx que durante los 40 años que van de 1890 a 1930. Era en este contexto en el que Ramos Oliveira publicó, en 1932, su obra *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*^[9].

8.- Ibid., p. 167.

9.- Cf. Pedro Ribas, *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Madrid, Ediciones Endymion, 1990, pp. 96-101

En esta obra, Ramos Oliveira defendía incondicionalmente la política colaboracionista de los socialistas en los principios de la República, resaltaba la acción «revolucionaria» de su partido frente al reformismo y el aventurerismo sectario de los comunistas, destacando el carácter pacífico de la revolución que había traído la República: «Revolución sin precedente en el mundo [...] Original y admirable [...] Sí, Revolución». En la interpretación de Ramos Oliveira era un cambio que dio lugar a la transformación integral del Estado. No suprimía la propiedad privada, «pero desaparecerá el feudalismo». Los tiempos históricos se aceleraban. Y sostenía: «España ha hecho la revolución que pudo y debió hacer: la democrática», que era una revolución liberal, aconsejada no solo por las aspiraciones de la población y la correlación de fuerzas sociales y políticas, sino porque todavía la lucha de clases tenía «más de amo a vasallo que de capitalista a proletario»^[10].

El autor onubense justificaba, pues, el reformismo continuista, la trayectoria seguida por el socialismo español, ante todo durante la dictadura de Primo de Rivera y el comienzo de la Segunda República, con la colaboración socialista en el gobierno. Abogaba por apoyar los movimientos democráticos y prorrepúblicanos, y calificaba la colaboración socialista en el gobierno al comienzo de la Segunda República como tarea necesaria y actitud marxista^[11]. Su ensayo *Nosotros, los marxistas* dista mucho de ser un análisis rupturista o un panfleto revolucionario.

En la primera fase republicana, muchos escritos socialistas asumían un carácter de

10.- Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*, Madrid, Editorial España 1932 (re-edición Madrid, Júcar, 1979, pp. 169-171).

11.- Todavía a finales de 1931, una participación gubernamental de los socialistas le había parecido desaconsejable.

autojustificación con respecto a la postura colaboracionista del PSOE, trazando esquemas evolutivos que entroncaban reformas sociales y transformación revolucionaria. En *Nosotros, los marxistas*, Ramos Oliveira defendía la política socialista frente a sus críticos de izquierda, ante todo de la izquierda comunista, alegando que el colaboracionismo —tanto en los años veinte como en los primeros años treinta— resultaba de la defensa de los intereses del proletariado. Dentro de la República, sostenía Ramos Oliveira, el socialismo español venía desarrollando una obra marxista. Tomando como ejemplo la política de instrucción pública, ARO afirmaba categóricamente: «La República está haciendo socialismo» (p. 209). Para él —parafraseando a Lenin— civilizar era abolir el analfabetismo y desarrollar la técnica y la industria. «He ahí la labor inmediata del socialismo español. Si logramos civilizar a España nos aproximaremos al socialismo» (p. 211). En cuanto a la correcta y necesaria política socialista del momento, sostenía: «Lo marxista en España no es propugnar a tontas y locas una dictadura socialista, para la cual no reúne actualmente condiciones la nación [...], sino apoyar a la República y controlarla, con el fin de que la clase trabajadora funde 'fortalezas de la democracia proletaria'. La actitud del socialismo español con respecto al régimen republicano es perfectamente marxista. De ahí que me haga a mí mucha gracia escuchar de labios de mis compañeros, ministros, diputados y miembros menos destacados del Partido Socialista, casi a diario, el tópico de nuestro sacrificio por la República. No hay tal sacrificio. Defendemos lo nuestro. Nada más que lo nuestro. Porque en este pueblo, sin República no hay nación, ni socialismo, ni posibilidad de revolución socialista» (p. 211).

Como se puede deducir de estas citas, en el debate político-ideológico de los socia-

listas españoles sobre la Segunda República y el carácter de ésta en la lucha por una España socialista, ARO se posicionaba, hasta comienzos de 1933, más o menos claramente contra los críticos filosoviéticos del reformismo socialista, identificándose plenamente con la República^[12]. Contemplaba el avance al socialismo como la consolidación de una serie de posiciones defendidas por las fuerzas socialistas dentro del orden capitalista; en ese proyecto, la democracia republicana era una especie de plataforma para resolver los problemas de la fase intermedia entre capitalismo y socialismo. Resumía su posición en la frase: «La República va haciendo socialismo». Para Ramos Oliveira, en esta fase histórica la democracia republicana se presentaba como el único marco posible para el avance en España hacia el socialismo.

Para ARO, la educación del pueblo y la evolución capitalista eran requisitos previos para la revolución socialista, y ambos requisitos podrían avanzar mejor en el ámbito político de la República. Convencido de que la Historia avanzaba según la concepción materialista de desarrollo por un esquema lineal, concluyó: «La función histórica del socialismo durante unos años, no muchos, consistirá en actuar apropiándose un concepto de Lenin nada disparatado, incuestionablemente marxista [...] En España hay que edificar el capitalismo en beneficio de la clase trabajadora» (p. 213). Pero, a mediano y largo plazo, la «revolución socialista en España» tendrá unos rasgos similares a la Revolución rusa: «La revolución socialista en España presentará modalidades peculiares. Pero no tan peculiares que carezcan

12.- Cf. Marta Bizcarrondo, «Socialistas y democracia», en Joan Antón y Miquel Caminal (coords.), *Pensamiento político en la España contemporánea (1800-1950)*, Barcelona, Teide, 1992, pp. 837-871 para el encuadramiento de la postura de Ramos Oliveira en el debate socialista de los años treinta.

de analogía, en su almendra, con la Revolución rusa, una vez conquistado el Poder. Reclamará esfuerzos poderosos y sacrificios considerables, porque expropiar integralmente a la burguesía, aplastar el sistema de propiedad privada es tarea que no podrá realizarse sin violencia» (pp. 218 y ss.).

En cuanto al carácter de la transición de la democracia burguesa al socialismo, a fin de cuentas rechazaba la vía democrática y apostaba por la revolucionaria: «El socialismo tiene el deber de sostener el régimen, hoy por hoy, con más entusiasmo que los republicanos. Para los socialistas marxistas la República será, durante unos años, lo que la vía férrea para la locomotora. Afianzar la República es, para nosotros, tanto como abrir camino al socialismo [...] No confundamos la conquista del Poder con la revolución socialista. La revolución socialista presupone la conquista del Poder e, inmediatamente, la dictadura. Toda conquista de Poder por el socialismo que no vaya seguida de la dictadura es, lo diré con frase lisa, una solemne salida en falso. *Democráticamente no puede cumplirse la transición del capitalismo al socialismo*» (p. 221). En caso de que en el futuro se agudizara la lucha de clases, el PSOE no debía consentir el aplastamiento de la dictadura socialista por la burguesía. Con esa postura, Ramos Oliveira ya sugería en 1932 lo que pocos años después sería la estrategia de la revolución defensiva: «Si se agudiza la lucha de clases en tal magnitud que solo se resuelve la pugna con la victoria plena, inexorable, de una clase sobre otra, y no han variado las circunstancias que hoy nos aconsejan la renuncia a la dictadura socialista, ¿qué debe hacer el Partido Socialista español? Mi opinión, modesta cual ninguna, es la de que al Partido Socialista, entre morir a manos de una *posible* ofensiva, oriunda del exterior, o morir a manos de una dictadura fascista *segura*, la Historia le indica que se lance al aplastamiento de

la burguesía nacional. Cabe que demos de lado hoy a la dictadura socialista porque, frente a la seguridad de nuestro desenvolvimiento y nuestra ascensión presentes, existe la casi evidencia de que la dictadura socialista nos reportaría un descalabro. De otro estilo es la disyuntiva que nos presentará la agudización extrema de la lucha de clases, por cuyo dramatismo sombrío no ha pasado todavía España» (p. 227).

Nosotros, los marxistas era, a finales del primer año de República, un alegato defensivo de la política socialista frente a las críticas de la izquierda, haciendo uso del argumento de que dentro de la República el socialismo español venía desarrollando una tarea marxista. Según esta interpretación, el socialismo del primer bienio estaba aplicando una táctica marxista para obtener reformas en el marco de la democracia burguesa y para desplazar del poder, progresivamente, a las clases dominantes. Según Ramos Oliveira, afianzar la República no quería decir para un socialista afianzar a la burguesía, sino todo lo contrario: desalojarla de sus posiciones preeminentes dentro del Estado, ya que —mediante los socialistas en el gobierno— la clase trabajadora tenía acceso a la dirección de los asuntos públicos. Hasta 1933, el denominador común de la política socialista —exceptuando algún crítico en las propias filas— eran el apoyo a la República para su consolidación democrática, la contención de las tensiones sociales y las perspectivas de avance^[13]. En vista de la polarización política en ciernes, ARO insistía —todavía en enero de 1933— desde las páginas de *El Socialista* que su partido no debía rehuir la participación gubernamental, sino que —muy al contrario y siguiendo las pautas trazadas por el austromarxista Otto Bauer— debería ensanchar

13.- Cf. Marta Bizcarrondo, «Democracia y revolución en la estrategia socialista de la II República», *Estudios de historia social*, núm. 16, 1981, pp. 227-459.

y defender desde el poder las «fortalezas socialistas» en los cuadros de la sociedad burguesa. Había que seguir defendiendo la democracia, pues esa postura coincidía plenamente con los intereses socialistas, incluso si en algún caso había que transigir con la burguesía^[14]. Pero pronto cambiaría la situación. De manera cada vez más clara, se relativizaba la vinculación democracia-socialismo insistiendo en la idea que esta vinculación solo permanecería en tanto la democracia burguesa no limitara las proyecciones socialistas de futuro. En editoriales de *El Socialista* del primer semestre de 1933 se resaltaba la voluntad de utilizar la violencia defensiva contra toda derechización de la República. Basado en una sensación de cerco sufrido por el socialismo, el PSOE insistiría en su defensa intransigente de las reformas conseguidas en el primer bienio republicano^[15].

Después de la toma del poder por Hitler en Alemania, se acrecentaron las críticas socialistas con respecto a la socialdemocracia alemana, cuyo «reformismo» había llevado —por «indecisión» y «apatía»— al desastre. Ahora, Ramos Oliveira se desentendía del oportunismo y reformismo del socialismo español para presentar como ejemplar el comportamiento de los marxistas rusos en 1917. Si hasta principios de 1933 había abogado por apoyar la República como «trampolín hacia el socialismo», en septiembre de ese mismo año resaltaba la compatibilidad del ideario socialista con un régimen de dictadura proletaria: «Si la burguesía nos colocase en el dilema de tener que optar entre su dictadura y la nuestra, la elección no es dudosa. Por la Dictadura del Proletariado lucharíamos en España [...]»^[16].

14.- Cf. Antonio Ramos Oliveira, «La labor de los ministros socialistas en el régimen capitalista», *El Socialista*, 6 de enero de 1933.

15.- *Ibid.*

16.- *El socialista* (17 de septiembre de 1933), citado por

Ahora, incluso usaba ciertos escritos de Pablo Iglesias para fundamentar doctrinalmente la postura radicalizada de los socialistas frente a la República. Así, en una reseña del primer tomo (que también sería el último) de las *Obras completas* de Pablo Iglesias, publicado por Ediciones Leviatán en 1934, ARO ensalzaba la vida y doctrina del fundador del PSOE, «nuestro apóstol marxista». Veía en él un predecesor de la postura socialista radicalizada en los años anteriores: «La dialéctica materialista, la teoría de la lucha de clases, la de la concentración de capitales, la de la plusvalía, con qué sobriedad y modestia las desliza el luchador socialista en estos trabajos [de 1886 y 1887]. Asombra comprobar la seguridad con que se vuelve contra las ilusiones del reformismo social. Lanza un dardo contra la participación de los obreros en los beneficios de las empresas, adelantándose así a una controversia histórica entre el marxismo y el reformismo [...] Gusta de dar en dos líneas el golpe crítico, y así extrae toda la envidia de la contradicción burguesa cuando repite que la muerte del capitalismo está dictada porque es un régimen que trata de coordinar la producción social con la apropiación individual»^[17].

A lo largo de 1933, Ramos Oliveira se alineó, pues, con la izquierda socialista, es decir con el ala radical del socialismo español, representado entonces por Francisco Largo Caballero, Luis Araquistain, Álvarez del Vayo, Santiago Carrillo y otros. En su *Historia de la UGT*, Amaro del Rosal afirma que Ramos Oliveira era uno de los «intérpretes» de Largo Caballero. En la prisión a la que fue sometido por participar en el levantamiento de octubre de 1934, Ramos Oliveira escribió *La revolución española de*

Marta Bizcarrondo, «Democracia y revolución», p. 268.

17.- Antonio Ramos Oliveira, «La actualidad de Pablo Iglesias», *Leviatán*, tomo II (sept. 1934-abril 1935), reimp. 1974 (cf. n. 21), pp. 38-40.



Conducción de presos en Gijón durante la Revolución de Asturias, 1934 (Fuente: [pinterest.com](https://www.pinterest.com))

octubre^[18], estudio que fue publicado en 1935. En él, primero se mostraba convencido de que la «república democrática» había sido, en 1931, una aspiración de todos los españoles; criticó duramente a los que se habían opuesto a esta aspiración, como los comunistas. Pero ya en 1934, para Ramos Oliveira la situación había cambiado radicalmente: «En octubre de 1934 la República democrática ha fracasado en España, como había fracasado en Rusia en octubre de 1917. Ningún obrero mueve un dedo por ella, a no ser que las impacencias de algún general contrarrevolucionario le obligue a salir en defensa de la República burguesa, amenazada por la dictadura terrorista de las viejas castas»^[19]. Pedro Ribas interpreta este cambio de postura recurriendo al paralelismo con la situación rusa: «Este paralelismo, que encontramos continuamente en el Araquistain de *Leviatán*, en los escritos

de las Juventudes Socialistas desde 1934, en los de Nin y Maurín y, en general, en todas las publicaciones influidas por el marxismo de Lenin, define el marco en el que se habla de pasar de la revolución democrática a la revolución socialista o de la dictadura burguesa a la dictadura del proletariado»^[20].

Un factor esencial en el proceso de radicalización de los socialistas durante la Segunda República fue la revista *Leviatán*^[21]. Esta «revista mensual de hechos e ideas» sirvió —entre mayo de 1934 y julio de 1936— de portavoz doctrinal al sector revolucionario del PSOE. En la interpretación de Luis Araquistain, director de *Leviatán*, la agudización de las luchas de clase selló el fracaso del socialismo reformista o democrático. *Leviatán*, que estaba vinculada a la

20.- P. Ribas, «Aproximación», p. 148.

21.- Sobre la importancia de *Leviatán* para el giro socialista del reformismo al revolucionismo, cf. detalladamente el estudio preliminar para la reedición de *Leviatán* en 1974 de Marta Bizcarrondo, *Leviatán y el socialismo de Luis Araquistain*. Glashütten im Taunus, Detlev Auvermann / Nendeln, Kraus Reprint Co., 1974.

18.- Antonio Ramos Oliveira, *La revolución española de octubre. Ensayo político*, Madrid, Editorial España, 1935.

19.- *Ibid.*, pp. 69-70.

izquierda del PSOE, alimentó con sus posiciones en buena medida a las Juventudes Socialistas en su proceso de radicalización; éstas se integraron, en 1936, en las Juventudes Socialistas Unificadas, con Santiago Carrillo de Secretario General.

El planteamiento que se encuentra en los escritos de Araquistain en esa revista a lo largo de los años 1934-1936, es un contundente rechazo del parlamentarismo, del socialismo reformista y de la imagen de un Marx defensor de la marcha gradual y pacífica hacia el socialismo. En *Leviatán*, Araquistain planteó la radicalización del PSOE —y la suya propia—, basada en un Marx revolucionario (en términos leninistas), con el acento en el papel transformador del proletariado, enfrentado a una burguesía que había dejado de ser democrática. El acento de este marxismo «verdadero» estaba puesto en la revolución, en una revolución explícitamente contrapuesta a una comprensión gradual de la instauración del socialismo. Esto representó un giro radical de la postura de Araquistain, que dos décadas antes había mostrado su admiración por el modelo de socialismo fabiano, por el parlamentarismo y el laborismo inglés, por una intensa colaboración con la burguesía en la política de reformas graduales, opuesto a cualquier planteamiento revolucionario.

La «radicalización» socialista a partir de 1933 se ha interpretado habitualmente a través del prisma de la estructuración interna de las corrientes socialistas de los años anteriores a la Guerra Civil. Según esta perspectiva, el PSOE estaba dividido en tres tendencias: los «moderados» de Julián Besteiro, los «centristas» de Indalecio Prieto, y los «radicales» o «bolchevizantes» de Francisco Largo Caballero (entre éstos se encontraba Ramos Oliveira). Pero, a diferencia de esta visión demasiado esquemática, hay que resaltar que hasta bien entrado el año 1934, Prieto y el ulterior «centrismo» parti-

ciparon a fondo en la orientación prerrevolucionaria largocaballerista^[22]. Según Marta Bizcarrondo, la radicalización socialista no puede explicarse por un solo factor, a saber el fin de la colaboración política del PSOE en el gobierno y el proceso que llevó a la mayoría parlamentaria del Partido Radical y de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). La intensidad de la respuesta socialista se debía, ante todo, al rápido deterioro de la situación política en el primer semestre de 1933, y a la intensificación de la lucha de clases a lo largo de ese año, producto de una contraofensiva real de la derecha contra el reformismo del primer bienio. Factores importantes de contexto eran, además, la crisis económica y el ascenso del fascismo alemán^[23].

El artículo de Ramos Oliveira «El socialismo español de 1909-1934», publicado en 1934 en *Leviatán*, era como exposición histórica más bien débil, pero en el fondo no tenía la función de presentar una vista panorámica del desarrollo socialista en el primer tercio del siglo XX, sino que debía servir —y lo hizo con eficacia— a la idea de que todo intento de conjuntar republicanismo de izquierda y socialismo (como se había practicado en el primer bienio republicano) había de resultar inútil. En cierta manera, ARO hacía suya la vieja estimación de Luis Araquistain sobre la incapacidad política del republicanismo español y añadía su juicio correlativo: «El fracaso de la República y la Constitución consiste, esencialmente, en haber pretendido los socialistas y los republicanos de izquierda imponer con maneras democráticas una superestructura auténticamente republicana a una estructura económica de tipo feudal. En este conflicto histórico la economía ha vencido a la política»^[24].

22.- En esta diferenciación insiste M. Bizcarrondo, «Democracia y revolución», p. 255.

23.- *Ibid.*, p. 256.

24.- Antonio Ramos Oliveira, «El socialismo español», p. 33.

Hasta 1934 se había invertido la situación de partida de la República. Si en 1931, al proclamarse la República, los socialistas en su euforia reformista habían creído poder controlar no solamente el aparato del Estado, sino también la estructura económica, tres años más tarde estaban desengañados y tenían que reconocer que no habían logrado su cometido, sino todo lo contrario. La consecuencia para el Partido Socialista resultaba clara: «Hay, pues, que empezar de nuevo. Mejor dicho: hay —para los socialistas— que continuar. Insurreccional en 1917, estatal en 1931-33, ni insurreccional ni estatal durante la dictadura, frente al viejo Estado latente hoy, marxista siempre, el Partido Socialista Español continúa su obra y lleva en sí mismo el gran futuro de España, el crisol en que ha de fundirse esta pobre nación en ruinas, la nueva salida de nuestro país al mundo avanzado»^[25].

Antonio Ramos Oliveira también formaba parte de la redacción de *Claridad*, un semanario socialista («marxista») que apareció por primera vez el 13 de julio de 1935 y que tenía como «preocupación fundamental conseguir un predominio incontrastable en el seno del PSOE, en el que todos militamos. Ello ha de llevarnos, por consiguiente, a combatir sin descanso contra las varias desviaciones que sobre aquél se ciernen, con lo que no hemos de hacer sino volver por los fueros de la línea tradicional que con tanta precisión y rigor —como videncia— trazara hace ya medio siglo Pablo Iglesias»^[26]. *Claridad* prestaría especial atención a la divulgación marxista, a la unidad obrera y al enfrentamiento con los sectores reformistas y centristas del PSOE. En cierta manera, el semanario era un portavoz oficioso del sector radical del

socialismo, especialmente a partir de la dimisión de Francisco Largo Caballero como presidente del PSOE en diciembre de 1935. En abril de 1936, *Claridad* se convertía en diario, siendo su nuevo director ahora Luis Araquistain. Ramos Oliveira, por aquel entonces seguía plenamente convencido que el proceso de descomposición del capitalismo español avanzaba a pasos gigantes, y que el socialismo español estaba a punto de hacerse con el poder en el país.

Las transformaciones ideológicas experimentadas por ARO a lo largo de los años de la República y después, se pueden ver claramente en su cambiante interpretación de la «Revolución de Octubre» de 1934. En la época misma la interpretaba de manera radical, como «explosión nacional» y principio de la revolución proletaria para conquistar el poder: «El proletariado español ha hecho en octubre de 1934 su primera salida de clase por la conquista del Estado. Precisamente, lo que distingue de modo esencial nuestra revolución de octubre de las demás subversiones habidas en España es su impronta de clase, el designio revolucionario de los trabajadores de ganar el poder para sí»^[27]. Por lo tanto, en 1934/35 para Ramos Oliveira estaba claro que el levantamiento de 1934 había sido el primer paso para erigir un régimen marxista en España.

Su texto más extenso sobre los hechos ocurridos ante todo en Asturias y Cataluña es su libro *La revolución española de Octubre*, acabado en diciembre de 1934 en «la cárcel de Madrid», como indica el autor mismo en la última página del libro. No se trata de una «historia de la Revolución que acaba de conmover los cimientos del arcaico sistema económico imperante en España» (p. 9) y que era «la más grande entre todas las revoluciones que ha habido en nuestro país» (p. 53) —en su situación,

25.- *Ibid.*, pp. 33 y s.

26.- Editorial de *Claridad* del 13 de julio de 1935, citado por Andrés de Blas Guerrero, *El socialismo radical en la II República*, Madrid, Tucar ed. 1978, p. 85.

27.- A. Ramos Oliveira, «Revolución de octubre», p. 252.

el autor no hubiera estado en condiciones de escribir documentadamente una «historia» fundamentada—, sino (como reza el subtítulo) de un «ensayo político» sobre las causas y los acontecimientos principales, o —en palabras introductorias de Ramos Oliveira— «tejido sobre la urdimbre de los pasados sucesos». Hablando de la «base de los razonamientos» de su exposición, ARO expone lo que quiere «demostrar» con su libro: «primero, la responsabilidad de las clases conservadoras en la Revolución española de octubre; segundo, la verdad irrefutable de que nuestra Revolución es un movimiento de la inmensa mayoría de la nación contra una minoría opresora, y tercero, que la Revolución española encierra, aun fracasada, un triunfo relativo inmediato del proletariado y la gran victoria obrera de mañana» (p. 10).

Según Ramos Oliveira, en España solo ha habido dos movimientos revolucionarios de tipo «categórico»: el de 1917 y el de octubre de 1934. Todos los demás, incluido el del 14 de abril de 1931 —proclamación de la Segunda República—, fueron contrarrevolucionarios. En el período histórico que comenzó en 1812, todos los movimientos revolucionarios españoles fueron anulados siempre por su misma intención. Ni el original impulso de la Primera República ni el de la Segunda fueron suficientes para asegurar su subsistencia. Solo los socialistas han sido, en esta visión, totalmente conscientes, en 1917 y en 1934, de su misión histórica, que, por esencia, era revolucionaria. En la interpretación socialista de ARO, las revoluciones del siglo XIX arrancaban del principio de «libertad»; pero entretanto, tal principio resultaba insuficiente. Las revoluciones debían partir del principio de que todo estado social, en cualquier momento dado, representaba una situación de lucha de clases, y sin fundamentarlas en este principio, las revoluciones resultaban

incomprensibles. Era el encuentro de dos elementos, el que encendía la revolución: el estado social, por un lado, y el estado de ánimo de los individuos inmersos en él, por el otro. Luego toda revolución exigía ser propuesta por la sociedad misma, y después, señalada como objetivo personal.

Al final de su libro, Ramos Oliveira presenta una visión general de la importancia de octubre de 1934 para la historia de España: «De cara al porvenir, el proletariado español no olvidará la gran experiencia de octubre. Es la primera vez que denuncia su ambición de clase con las armas en la mano. En 1917 las utilizó para derribar a la monarquía [...] La Revolución de octubre representa, a todas luces, el primer golpe serio que asesta la clase obrera española al régimen burgués [...] Tarden lo que tarden los oprimidos españoles en triunfar, la futura revolución está ya contenida en la de 1934. El Estado socialista, la dictadura del proletariado, vive, alienta, cobra formas y perfiles en la Revolución de octubre [...] Ha sido vencida la Revolución, pero —insisto— no ha sido derrotado el proletariado [...] Bien lo saben los explotadores, para quienes, si es cierto que la Revolución ha sido sofocada, no lo es menos que la guerra de clases sigue su curso en España»^[28].

Para finalizar este capítulo sobre la posición política de Antonio Ramos Oliveira en la Segunda República, merece la pena contrastar la citada interpretación revolucionaria y basada en el concepto de lucha de clases con la visión moderada que expone el autor en su *Historia de España* de 1952, con distancia temporal y tras haber reflexionado crítica y detenidamente sobre lo que significó la «Revolución de octubre» de 1934: «La revolución de Octubre fue, ante todo, un gesto defensivo. Por radical que parecie-

28.- A. Ramos Oliveira, «La Revolución española de octubre», pp. 253 y s.

ra la propaganda revolucionaria de los partidos obreros —radicalismo impuesto por la oligarquía, que al resistir toda reforma insufló un extremismo desesperado a las masas—, por radical que pareciera esa propaganda, ningún partido proletario pensó en otra cosa que en reconquistar la República popular, tal como se concibió, en su aspecto social, antes del 14 de abril de 1931»^[29]. Si la revolución de octubre hubiera alcanzado su objetivo final —insistía el autor en 1952—, la República no habría ido «mucho más lejos» que debió ir al nacer. Esta interpretación posterior intentando quitar al movimiento de octubre toda intención revolucionaria socialista, contrasta con la interpretación que se daba de la República y con la intención que se declaraba por parte del sector radical del socialismo español para el proceso revolucionario en las manifestaciones anteriores a octubre de 1934.

Pensamiento socio-económico y análisis marxista

La radicalización de Antonio Ramos Oliveira en los años de la Segunda República se puede reconocer en sus interpretaciones del devenir histórico español y, ante todo, en sus análisis económicos. Estudios sobre la realidad económica española y sobre las condiciones concretas de la evolución del capitalismo español han sido, en la trayectoria del PSOE, hasta el advenimiento de la Segunda República una excepción, e incluso después no hubo gran preocupación por la teoría y por el análisis de la formación social española. Obras doctrinales socialistas, como las de Jaime Vera o de Pablo Iglesias, han rehuido semejante planteamiento. Lo que sí se puede constatar es que en los primeros años treinta, la izquierda socialista

sentía la exigencia de publicar órganos teóricos, ya que había cierta necesidad, desde 1933, de fundamentar la nueva vía revolucionaria. Surgieron al respecto varios órganos de expresión: *Leviatán*, como revista más bien intelectual; *Espartaco*, la revista de las Juventudes Socialistas y de duración muy efímera; y *Revista de Economía Socialista* (RES) que reflejaba el pensar del sector sindical de los empleados de banca.

Fue a partir de octubre de 1933, que Amaro Rosal editó la *Revista de Economía Socialista*, cuya argumentación se basaba en la crisis del capitalismo mundial y en la ejemplaridad de la solución soviética, lo que no era de extrañar considerando el filosovietismo de su editor, ex-militante del PCE que, después de haber entrado en el PSOE en 1933, contribuyó sensiblemente a la radicalización del sector ugetista de los bancarios. Rosal coincidía con Araquistain y Largo Caballero en que por aquél entonces en España solo quedaba la disyuntiva: «fascismo o revolución socialista». Y la polémica que ejercía la revista contra el capitalismo financiero, anticipaba en cierta manera la revisión crítica que efectuaría Ramos Oliveira en *El capitalismo español al desnudo*, en 1935.

El libro de Ramos Oliveira *El capitalismo español al desnudo* sería tanto más llamativo cuanto que, en cierta manera, rompía con la tradicional carencia de un pensamiento teórico-económico y marxista en la izquierda española. En prácticamente todos los líderes socialistas se podía apreciar una extrema dificultad para abordar el proceso histórico desde una óptica de clase. El socialismo español había renunciado —casi se podría decir: sistemáticamente— a preguntarse por la naturaleza del sistema económico que aspiraba a transformar. Fue ARO quien presentó un primer estudio económico de planteamiento y metodología marxista, si bien con toda una serie de limi-

29.- Antonio Ramos Oliveira, *Historia de España*, México, Ed. Oasis, 1952, t. 3, p. 591.

taciones. Así, al igual que los artículos de la *Revista de Economía Socialista*^[30], pretendía en primer lugar suministrar argumentos económicos en defensa de una posición ya definida de antemano, a saber que España enfilase la vía soviética de la revolución social. Había, en esta visión, una bipolaridad insuperable, que eran las contradicciones del sistema capitalista español por contraste con el valor de la experiencia soviética. Ramos Oliveira cooperaba con sus escritos, en el plano ideológico cercano a la RES, a remodelar la tradición del PSOE, también acentuando los rasgos revolucionarios de la figura de Pablo Iglesias.

La *Revista de Economía Socialista* proporcionaba una visión de conjunto de la economía española de la que se podía desprender que la burguesía hispana era impotente a la hora de resolver los problemas económicos, ante todo en tiempos de crisis como eran los años de la Segunda República. Al explicar la evolución española, la RES «importaba» el esquema de las publicaciones de la Tercera Internacional sobre la crisis mundial y lo proyectaba sobre el caso español. En esta interpretación, el núcleo del poder capitalista en España residía en la Banca, ante todo en la Banca de Estado que defendía los intereses de la burguesía. En este punto había gran concordancia con las tesis de Ramos Oliveira. Tanto en la exposición del poder de la Banca como en los ataques contra la concentración del poder económico en general, los artículos de la RES eran más descriptivos que analíticos, por eso su alcance interpretativo era limitado y no llegaba a descubrir las formas

concretas de actuación del poder económico-financiero. Pero de una cosa no cabía duda: ese poder era «inmoral», y la revolución proletaria surgía como única salida a la «anarquía» capitalista.

La mayor parte de los artículos de la RES consistía en estudios sobre la crisis del capitalismo, en críticas a la socialdemocracia, al reformismo en un régimen democrático y naturalmente al fascismo, además tenía informes sectoriales sobre la economía española y descripciones laudatorias del sistema soviético. La RES se situaba abiertamente «bajo la bandera del marxismo» y propagaba planteamientos unitarios, muy próximos a la estrategia del PCE de frente único. La línea editorial de la revista puede resumirse en unos pocos planteamientos generales: se negaba a aceptar la fase democrática de la revolución socialista; para la clase obrera no había otra opción que la de impulsar la revolución social o someterse al fascismo; la crisis del capitalismo tenía un carácter definitivo (asumiendo, con esta tesis, el análisis de la Tercera Internacional). La preocupación fundamental de la RES consistiría en un solo punto: quería conseguir la unidad de acción entre comunistas y socialistas. El último objetivo era forjar un Frente Único y un partido de la revolución. En muchos puntos, estos planteamientos se correspondían con la línea de Francisco Largo Caballero y el caballerismo en general, ante todo valorando negativamente los resultados del primer bienio republicano, al no haber sido desarticulado el poder del gran capital.

En la línea de un incipiente análisis crítico de la economía española sobre una base cuantitativa, línea que propagaba la RES, se situaban también las tres colaboraciones de Ramos Oliveira sobre el monopolio de petróleos, la banca privada y el Banco de España, publicadas las tres en la revista *Leviatán*, en varios números de los años 1934

30.- La *Revista de Economía Socialista*, no solo dirigida por Amaro Rosal, sino también redactada en gran parte por él, representaba, a partir de 1933, un intento estimable de explicar las contradicciones del sistema económico español. Sobre esta revista, cf. Marta Bizcarrondo, «Análisis económico y socialismo en la Segunda República», *Estudios de historia social*, núm. 14 (1980), pp. 221-439.

y 1935^[31]. Y en 1935, ARO publicó también, en la editorial España, su obra más polémica del período, *El capitalismo español al desnudo*, con una tirada de 10.000 ejemplares y distribuida por el librero Enrique Prieto^[32]. Este libro ya se inscribía en la nueva actitud, radicalizada, del socialismo español que precedió a octubre de 1934.

En vista del enorme déficit teórico en los escritos del socialismo hispano, *El capitalismo español al desnudo* podía esperar cierto interés como recopilación de datos y análisis estructural del capitalismo español^[33]. A forma de introducción, Ramos Oliveira describía, en la presentación de la obra, la finalidad revolucionaria inmediata que perseguía con el libro: «Aspiro a que este libro sea un alegato de eficacia inmediata contra las oligarquías que esclavizan en España a la pequeña burguesía, a la clase media y al proletariado. Por eso no es una historia, en la acepción más pura y trascendente del vocablo. Su primordial finalidad consiste en avivar la conciencia subversiva de los españoles explotados, sin distinción de clases»^[34].

La profusión de adjetivos, con un sistema permanente de connotaciones negativas para la burguesía, denotaba desde un principio las metas políticas del libro. Ramos Oliveira presentaba, de forma más o menos lograda, un análisis estructural de la economía española, centrándose en los mecanismos de conexión entre el capital industrial,

el financiero y el sector público. La clave del poder económico en España era, para Ramos Oliveira, el sector financiero y, dentro de éste, el Banco de España. La función económica fundamental del Estado consistía en cubrir la incapacidad de una burguesía nacional, de suerte que la única alternativa válida era la economía dirigida, susceptible de establecerse tras la toma revolucionaria del poder político por la clase obrera.

Aunque los artículos publicados en la *Revista de Economía Socialista* habían sido ya unos primeros análisis marxistas de algunos aspectos de la economía española y de la sociedad del país, se trataba —como era obvio en artículos aparecidos en una revista— de análisis muy parciales, sectoriales o coyunturales, centrados en determinados aspectos; no eran análisis globales de los rasgos de la estructura del capitalismo en España. Esta reflexión, teórica y práctica, de las estructuras económico-financieras españolas, de cara a las exigencias del marco histórico y orientada a la actualidad, la intentaba presentar Ramos Oliveira con su estudio, pionero en este campo, *El capitalismo español al desnudo*, que de alguna manera podría ser denominado el punto de llegada de la trayectoria doctrinal socialista en el orden económico durante la Segunda República.

En comparación con la escasa competencia teórica de las diferentes tendencias de la izquierda española en los años treinta, los trabajos de Ramos Oliveira podían reclamar para sí cierta atención ya que eran el único intento serio de presentar un estudio marxista de conjunto de la economía española. En los planteamientos de *El capitalismo español al desnudo* se reconocen, además, algunos de los análisis concretos sobre el capitalismo financiero que adelantaron los colaboradores de la *Revista*

31.— Antonio Ramos Oliveira, «Historia del monopolio de petróleos», *Leviatán*, t. II (septiembre 1934-abril 1935), reimp. 1974, pp. 48-56; idem, «Fábricas de riqueza y fábricas de miseria», *ibid.*, pp. 351-356; idem, «El Banco de España. La rémora de nuestra economía», *Leviatán*, t. III (mayo 1935-diciembre 1935), Reimp. 1974, pp. 150-157.

32.— Antonio Ramos Oliveira, *El capitalismo español al desnudo*, Madrid, Ed. España, 1935 (exclusiva de venta: Librería Enrique Prieto).

33.— Cf. «Antonio Ramos Oliveira: un historiador socialista», *Triunfo*, 22 de marzo de 1975, p. 18.

34.— A. Ramos Oliveira, «Capitalismo español», p. 5.

de *Economía Socialista*^[35]. Según Ramos Oliveira, el punto de partida de la endeble industrialización de España debía situarse en la pérdida de las últimas colonias en 1898. Fueron la repatriación de capitales, la afluencia de capital extranjero y el despertar de la conciencia nacional las fuentes del progreso industrial de España.

Retomando el temario de sus artículos publicados en *Leviatán* unos meses antes, Ramos Oliveira desarrolló en su libro un análisis de los sectores que consideraba centrales en la estructura económica española; quería demostrar que la situación de crisis global y de crisis en los sectores cruciales hacían necesario un cambio radical en sus fundamentos para salvar la economía del país. Se trataba, pues, de un análisis estructural con una articulación finalista: la solución solo podía ser una economía planificada según el modelo soviético. Todos los datos que aportaba para los diferentes sectores analizados, como el sector siderúrgico, el papelerero, la industria hulleira, la ferroviaria, la naviera, la petrolera, el sector bancario, etc., llevaban a una única conclusión: la necesidad de seguir el ejemplo de racionalización económica socialista. En esta conclusión no se diferenciaba de la mayoría de los autores de la RES. Al final de *El capitalismo español al desnudo*, resumía: «Pienso en los grandes y audaces planes quinquenales que viene desarrollando el comunismo ruso. Para España no hay otra salida, si quiere salvarse históricamente. Dirección de la economía, sí, pero dirección auténtica, en la que no tengan voz, ni voto, ni parte los propietarios. La posesión privada de los medios de producción y cambio es incompatible con la economía dirigida. Porque el interés de la burguesía se halla en conflicto, como hemos visto, con los intere-

ses generales del país» (pp. 249 y ss.).

El estudio de Ramos Oliveira partía de una concepción apriorística que subyacía a todo su análisis, y sus estudios sectoriales debían facilitar material para probar que el capitalismo español, básicamente, había fracasado y no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Para conferir a su diagnóstico la necesaria profundidad histórica, se remontaba al siglo XVI, al comienzo de la «era capitalista moderna» (p. 7). Si bien España poseía entonces «el cúmulo de condiciones favorable para ser guía de Occidente en la Revolución económica» (p. 8), practicó una política económica funesta: «Inglaterra y Holanda actúan de cara al porvenir. España vuelve la espalda al futuro» (p. 9). El «fuerte proteccionismo» amparaba una «industria absolutamente artificiosa» (p. 10). Pero lo peor era, en materia de economía interna, el triunfo de la ganadería sobre la agricultura: «España retorna a la ganadería, al pastoreo, al nomadismo, a la economía primitiva, cuando Europa se afana en industrializarse» (p. 10). No sería hasta el siglo XIX que los ganaderos fueron «vencidos por la oligarquía agraria», y la «agricultura feudal» obtenía «el control de la economía española» (p. 11).

Resulta llamativo que para explicar esta orientación de la economía española, Ramos Oliveira no haya recurrido a criterios marxistas, sino que haya hecho uso —como lo han venido haciendo muchos historiadores antes y después de él— de argumentos psicologizantes: «Resaltan la orfandad de genio económico de los españoles y su escasa vocación para el trabajo. De América únicamente interesaba aquí el oro y la plata» (p. 11), y América fue para el «pueblo ocioso» español la aventura que distraía la atención del trabajo, creando, «el espejismo de una riqueza posible sin esfuerzo» (p. 11).

Sentada la base histórica de la economía de «una nación sojuzgada por los ganade-

35.— Cf. M. Bizcarrondo: «Análisis económico y social», ante todo (y para lo que sigue) pp. 311-322.

ros hasta las primeras décadas del siglo XIX y oprimida por los agrarios desde entonces» (p. 13), ARO se adentraba a examinar los diferentes sectores industriales y financieros existentes en España. De nuevo utilizó criterios de la psicología de pueblos para explicar diferencias económicas entre las regiones españolas. El desarrollo de la siderurgia vasca se debía, a que los vascos eran «gente muy industriosa» con una «valentía rayana en la temeridad», mientras que los demás capitales españoles eran «de por sí tímidos y asustadizos». Pero el problema que surgió en el desarrollo de la siderurgia, impulsada por un acentuado proteccionismo arancelario, era que los capitalistas vascos «se lanzaron a crear grandiosas factorías olvidando que aquí no hay mercado» (p. 19); la industria siderúrgica, «tecnológicamente desarrollada, magnífica, pero inútil por excesiva y onerosa por enorme» (p. 19), que prácticamente estaba «en quiebra», solo podía mantenerse gracias a la protección estatal y sus buenas relaciones con el capital financiero que le concedía cuantos créditos solicitara.

Muy parecido era su análisis de la industria textil catalana. El problema catalán arrancó, según Ramos Oliveira, en 1898 con la pérdida de las últimas colonias españolas de Ultramar; pronto se convertiría en uno de los problemas cardinales de la política española, pues al perder la burguesía catalana grandes partes de su mercado exterior, reclamaba protección y amenazaba al poder central con el separatismo. A pesar de las ayudas políticas y financieras a la economía catalana, seguía existiendo el antagonismo entre los intereses de los terratenientes españoles y la burguesía catalana; ésta habría necesitado una honda reforma agraria, que aumentara el poder adquisitivo de las masas campesinas, pero este tipo de reforma no se podía esperar de un gobierno burgués. También para el caso catalán, Ra-

mos Oliveira resaltaba el éxito de su industria, en este caso la textil, pero insistiendo también en su explicación de que el alto nivel de producción solo se podía mantener gracias a las barreras aduaneras que ayudaban decisivamente a la economía catalana, y cuando ésta estaba en crisis, la burguesía «amenaza al Poder central con el separatismo» (p. 31), para mantenerse en su «régimen de abuso y parasitismo» (p. 35). ARO volvía a hacer uso de criterios evaluativos moralizantes, por ejemplo cuando caracterizaba un arancel elevado como «inmoralidad de bulto» (p. 35). Para él, no había duda de que el «revolucionismo catalanista» de la burguesía regional «no ha sido sino una páfida amenaza constante para obtener de los Gobiernos la protección arancelaria desorbitada y las pingües subvenciones» (p. 35). La política económica dictada desde Madrid para proteger los intereses económicos catalanes tuvo consecuencias políticas corrompiendo a la burguesía catalana para que no realizara su función histórica: «La torpe y reaccionaria burguesía catalana claudicó ante la España feudal. Le bastaron las concesiones ilícitas del Poder central para renunciar a su cometido histórico. Las primas a la exportación, las subvenciones, la protección arancelaria, he ahí las fabulosas conquistas de una clase social que tuvo miedo de comprometerse a fondo en la empresa de derribar un Estado anacrónico. El temor a perder las ventajas de vivir a expensas de la nación, sumió a la burguesía de Cataluña en domesticidad. No supo crear industria ni sostenerla con decoro». (pp. 40 y ss.)

No mejor parada sale «la industria hulleira, sostenida por el contribuyente» (p. 54). Para Ramos Oliveira la industria del carbón era un «claro ejemplo de lo que puede representar para una economía la inhibición de los órganos del Poder» (p. 55). Esta rama industrial tenía que combatir contra dos

problemas: contra la mala calidad del carbón para las máquinas, y contra la pésima gestión de empresas. Cuando éstas quebraban, los empresarios transmitían sus quiebras al Estado, y éste las aceptaba. Peor aún: «Los capitalistas españoles no saben serlo. En sus manos no hay negocio próspero. Les falta capacidad de hombres de empresa» (p. 58). En el fondo, la industria hullera solo podía sobrevivir por hallarse fuertemente protegida por la barrera arancelaria, y por una protección directa en forma de subsidios estatales para compensar las pérdidas de los hulleros. «Los defectos e inmoralidades inherentes a la gestión de los empresarios burgueses en la industria hullera» (p. 64) tenían por consecuencia que esta rama industrial solo podía sobrevivir gracias a que el Estado, es decir el contribuyente con sus impuestos, resolvía las crisis. La única consecuencia que se derivaba de este análisis: «En poder de los capitalistas y en el actual Estado español la industria hullera no saldrá nunca de la crisis» (p. 65).

Un último ejemplo de malversación sistemática de bienes nacionales eran las compañías ferroviarias con sus «incomprensibles privilegios» (p. 66). Y las casas principales de este «gran error capitalista» se volvían a encontrar, como ya en casos anteriores, en el «parasitismo contra el Estado y torpeza y despilfarro en la gestión de empresa» (p. 68). Las compañías ferroviarias vivían a costa del Estado: «Nunca han temido el déficit, y menos la quiebra, porque han sabido que en los momentos de gravedad, fingida o real, el Estado, manejado por los políticos abogados de las Empresas ferroviarias, acudiría, sin dudarle siquiera, a tapar los huecos producidos por una administración desastrosa» (p. 70). A lo largo de varias páginas, Ramos Oliveira explayaba, con cifras y cantidades, el continuo derroche de dinero, la incapacidad y torpeza de los directores, para llegar a la conclusión

ineludible: «La contabilidad de las Compañías es impenetrable y arcana. La intervención estatal más apta fracasa ante el poder omnímodo de la masonería del dinero. Sólo cabe un control eficaz: el del proletariado» (p. 78). Y: «Solo un Gobierno revolucionario respecto de toda la economía española estará en condiciones de subordinar a las Compañías ferroviarias» (p. 80).

Se podrían seguir enumerando más casos de ramas industriales pésimamente gestionadas y dependientes del Estado. La caracterización de esa oligarquía que controlaba el poder económico y que bloqueaba el desarrollo capitalista, y la señalización de cómo resolver el problema fundamental de la economía española, a saber mediante una toma del poder por los obreros y estableciendo una dictadura proletaria, no variarían. Pero conviene presentar todavía el análisis del sistema bancario, ya que la Banca constituía, según ARO, la clave de bóveda de todo el sistema económico del país.

Al analizar la función de la Banca privada, ya de antemano Ramos Oliveira destacaba la diferencia del caso español en comparación con casos de países capitalistas avanzados: «En nuestro país la Banca ejerce una función especial. En rigor, no cumple ninguna de las misiones que les están asignadas en el régimen capitalista a los establecimientos de crédito y de cambio» (p. 103). Trataba de mostrar el antagonismo entre el funcionamiento «normal» de un sistema bancario y las exigencias del crecimiento capitalista, en el caso concreto español entre los intereses de la Banca y los de la pequeña burguesía: «La Banca española es, a todas luces, una degeneración del capitalismo [...] No puede haber industria, ni desarrollo capitalista en España mientras los Bancos impidan tenazmente que se cree aquí el capital financiero» (p. 104). Unos párrafos después describía la función de esos «centros absorcionistas de capita-

les» con las palabras: «Los Bancos tienen en nuestro país una finalidad, que no consiste en distribuir el capital monetario para fecundar las fuentes de riqueza, ni en favorecer al comercio mediante el descuento de letras, ni en apoyar a la industria. El objeto esencial de la Banca española estriba en obtener los mayores beneficios posibles para los consejeros [...] En semejantes condiciones no existe margen para la prosperidad comercial e industrial del capitalismo español» (p. 105). Las entidades bancarias asfixiaban al comercio y las pequeñas industrias; el sistema «feudalista» de los bancos descansaba sobre un «sistema oligárquico familiar» y de compadrazgo (p. 111) que residía en manos de una «casta» que se repartía los negocios financieros de la nación. La consecuencia era que «al socaire de la política y de una ausencia total de crítica honrada nuestro mundo bancario se ha desenvuelto de manera catastrófica para la economía nacional» (p. 112).

El centro de todo ese sistema bancario era el Banco de España, un «Estado dentro del Estado y, consiguientemente, un anti-estado» (p. 115). Esta institución articulaba sus intereses con la Iglesia y el capital internacional operativo en España, amén de la gran propiedad agraria. El Banco, «entregado a la Banca privada y a la Nobleza» (p. 122), se conducía por maneras «latifundistas», pues la mentalidad de los industriales y banqueros era «la mentalidad del latifundista» (p. 116) de apreciación antieconómica. Como las cautas reformas iniciadas por el Ministro socialista de Hacienda Indalecio Prieto al comienzo de la República prácticamente apenas habían dado frutos, solo había una solución: «No se puede operar desde un Estado, al que se arriba circunstancialmente, contra poderes que lo mediatizan, sino revolucionariamente. El fracaso de la República en general y en relación con el Banco de España en particular se origina

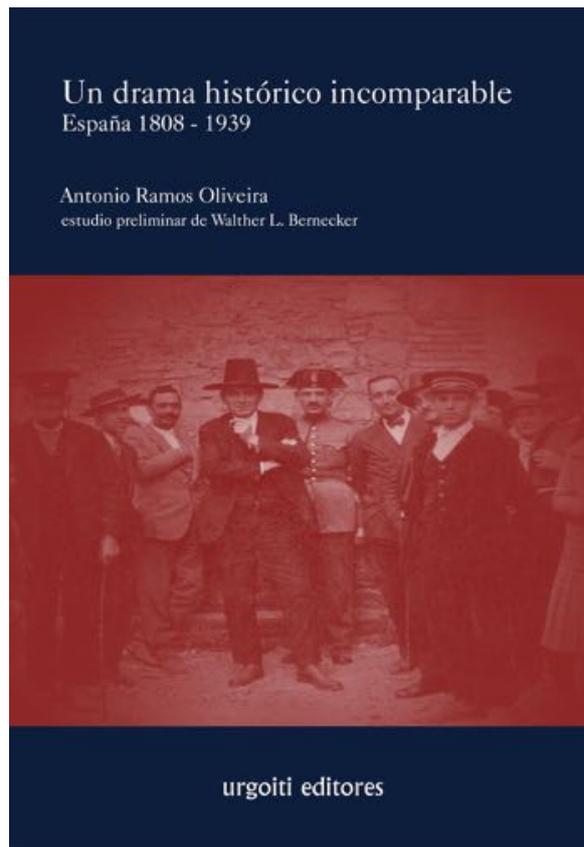
en la propia democracia. Una reforma del funcionamiento del Banco de España por vía parlamentaria, aun en unas Cortes de izquierda, había de ser limitadísima [...] El Gobierno solo tenía un camino para destruir la preponderancia de los accionistas —piedra angular— en el Consejo del Banco: la revolución. Al no acometer el problema, había de limitarse a modificaciones tímidas, que acabarían siendo falseadas. Y si Indalecio Prieto hubiera ido más lejos en su ofensiva, aun sin destituir a todos los consejeros elegidos por los accionistas, el Gobierno habría sido derribado. Ello prueba la incapacidad del régimen democrático para domeñar a la burguesía» (pp. 126 y ss.).

Para demostrar la íntima relación existente entre la Banca y las grandes empresas españolas, descubría las conexiones personales en los diversos Consejos de Administración de bancos y empresas. Muy frecuentemente, uno se topa con los mismos nombres, «las mismas caras, cuando no iguales apellidos» (p. 128). Eso significa que «la camarilla bancaria controla la mayoría de las industrias, las fiscaliza y vigila» (p. 130). Era la escandalosa «ubicuidad consejeril» (p. 146), la que respaldaba sin excepción, a través de una política financiera destinada a perpetuar este sistema, los intereses de la oligarquía.

En los últimos dos capítulos de su libro, Ramos Oliveira resumía «las características más acusadas de nuestro capitalismo» y trataba de dar respuesta a la pregunta: «¿A dónde va la economía española?» También en esta reflexión final conjugaba un análisis materialista con criterios valorativos subjetivos como la moral: «Las industrias, los Bancos, los ferrocarriles españoles han nacido y han medrado en el tumultuoso oleaje de la inmoralidad» (p. 236). El elemento más inmoral en este sistema era, tradicionalmente, el Estado, y de ahí que la política era sinónimo de inmoralidad en España.

Además, re incidía en sus valoraciones basadas en la psicología de pueblos: «De suyo, el español no ha sido un tipo psicológico apto para la economía» (p. 237). No solo hablaba del «fracaso de nuestra industria, su incapacidad, su pobretería reconocidas» (p. 238), sino —en términos mucho más generales— de «nuestra inferioridad y nuestra derrota en todas las manifestaciones de la vida» (p. 239). La culpable era «la medrosa e inepta burguesía española», que siempre podía recurrir al Estado cuando estaba en apuros: «El vicio de origen del capitalismo español no es otro que su esperanza, nunca defraudada, en el Estado» (p. 240).

La única solución a los problemas acumulados de la economía española era un cambio radical del Estado y de la estructura económica: «Dentro del Estado que conocemos, los males de España no tendrán remedio. Se precisa una dirección férrea de la economía española» (p. 242). Ramos Oliveira también indicaba cómo se podría conseguir esta meta: «Hay que destruir la máquina del viejo Estado y el tinglado de las viejas clases, de modo que con su acabamiento surja un nuevo concepto de la propiedad» (p. 243). El fracaso de la República del primer bienio se había originado, en palabras del autor, en el conflicto entre la política y la economía. En esa lucha, la economía «feudal y oligárquica» andaba «suelta, libre y omnipotente», y por eso estaba en condiciones de «vencer» a la política. Por lo tanto, para poder ganar esa lucha, había que transformar el Estado: «No es en régimen de democracia burguesa como se transforma el sistema económico, sino en régimen de dictadura proletaria» (p. 244). Y, de nuevo, no podía haber duda acerca de quién iba a realizar los cambios necesarios: «la clase revolucionaria del actual momento histórico es el proletariado» (p. 244). El modelo a imitar solo podía ser el soviético: «Pienso en los grandes y audaces planes quinque-



Portada del libro de A. Ramos Oliveira, con estudio preliminar de Walther L. Bernecker editado por Urgoití Editores en 2017 (Fuente: Urgoití Editores).

nales que viene desarrollando el comunismo ruso. Para España no hay otra salida, si quiere salvarse históricamente» (p. 249).

Para ARO, racionalización y planificación equivalían a socialismo (del tipo soviético), y solo éste podía hacer posible la supervivencia de la economía española. Todos sus estudios sectoriales indicaban en esa dirección. La eliminación de la burguesía española no solo era necesaria por su ineptitud y fracaso, sino además —y ante todo— por su inmoralidad. La valoración global de los empresarios burgueses españoles se deducía por lo menos tanto de criterios morales como económicos. Si bien la base teórica del análisis de Ramos Oliveira era el materialismo histórico, y el enfoque era —ante todo con respecto a sus deducciones políticas— claramente marxista, *El*

capitalismo español al desnudo no era (en el sentido estricto) una aportación teórica a la bibliografía marxista de la época, sino una amalgama de argumentos moralizantes, psicologistas (y, dicho sea de paso, muy discutibles), históricos y económicos. En muchos párrafos, no se reconoce a Marx ni de lejos. No es un libro de doctrina, sino más bien un reportaje documentado de tipo panfletario, que trataba de esbozar en forma de visión panorámica el desarrollo económico español, desde su proceso de formación hasta la descripción de sus sectores básicos.

Los estudios sectoriales de este libro están sólidamente asentados en datos (si bien el autor apenas cita fuentes en que se basa). Pero surge la impresión que la selección de ejemplos servía, más que nada, para ilustrar un planteamiento general presupuesto que subyacía a toda la obra, a saber la incapacidad de la burguesía oligárquica española a dirigir la economía del país, y la necesidad de una dirección económica socialista. No todas las interpretaciones y generalizaciones del libro están convincentemente fundamentadas. Esto es válido ante todo para la conexión entre economía y política, pues no queda del todo explicada la malformación capitalista en prácticamente todos los sectores económicos por un lado, y las posiciones políticas de la derecha, por el otro. Tampoco resulta convincente el argumento que para resolver las contradicciones inherentes al sistema, haya que instituir necesariamente una dictadura obrera (además del tipo soviético), sin clarificar qué carácter tendría entonces la relación entre economía y política. Por lo menos, los argumentos economicistas no permiten desprender la obligatoria necesidad de que solo el proletariado revolucionario podía asumir el papel «redentor».

En comparación con otros escritos socialistas anteriores, el libro de ARO es un avan-

ce notable, basado en argumentos cifrables y controlables y alejado de especulaciones abstractas. Con este análisis, el socialismo se acercaba a la realidad económica cuya transformación pretendía llevar a cabo. Esta «transformación», por otro lado, es decir el camino que había que recorrer desde las «contradicciones» capitalistas hasta la revolución socialista, quedaba sin definir. En este sentido, el libro de Antonio Ramos Oliveira muestra tanto el avance analítico y metodológico dentro del socialismo español como sus limitaciones teóricas.

Observaciones finales

El presente ensayo se ha limitado a interpretar la obra de ARO anterior a la Guerra Civil, pues fue en la fase republicana en la que nuestro autor mutó de un socialismo socialdemócrata a un marxismo revolucionario, lo que se refleja a la perfección en las obras presentadas y discutidas más arriba. En estas breves observaciones finales se tratará de presentar, aunque sea muy someramente, el *opus magnum* de ARO, la *Historia de España*, publicado por primera vez en el exilio mexicano, en 1952. La idea subyacente a este apartado final es la de mostrar el desarrollo ideológico de Antonio, que —si bien siguió siendo un izquierdista a lo largo de su vida—, en la segunda mitad volvió a acercarse a posiciones de centro izquierda.

Antonio Ramos Oliveira ha sido, a lo largo de su vida, en primer lugar periodista. El periodismo le apasionaba, sus crónicas estaban bien escritas. Su interés por la historia —ante todo la española, la alemana y la mexicana— provino de su dedicación al periodismo. Sus obras históricas son las de un periodista comprometido que buscaba explicaciones en el pasado para sucesos del presente. No le bastaban las respuestas coyunturales; más bien, veía la necesidad de

profundizar en las estructuras de la sociedad y de la economía. La panorámica que trazó en sus obras puede considerarse como iniciadora de un estudio marxista sobre la sociedad, ante todo la española, del siglo XX, apoyado consecuentemente en el análisis de las relaciones de clase. Como historiador fue autodidacta, lo que se desprende no solo de su estilo periodístico, en el que resalta la desnuda sobriedad de su prosa, y de su muy desigual documentación, sino también de incoherencias argumentativas y cierta rigidez en los planteamientos, si bien en más de una ocasión dejó de lado su metodología materialista inclinándose hacia explicaciones voluntaristas.

Grandes partes de su obra historiográfica se asemejan más a ensayos de filosofía histórica que a un estudio riguroso, basado en fuentes y documentado fehacientemente; apenas ha incluido notas a pie de página, con ayuda de las que se pueda verificar en qué fuentes —primarias o secundarias— basaba su argumentación. La estructuración de sus libros, ante todo de su *Historia de España*, refleja una composición ordenada por capítulos, algunos de ellos en orden cronológico, pero muchos otros siguiendo criterios estructurales que interrumpen repetidas veces el flujo narrativo. Por otro lado, la *Historia de España* como su obra más importante tenía la enorme ventaja de ser —después del primer intento, ensayista y rudimentario todavía, del tipógrafo socialista Juan José Morato, de 1897 (!), de presentar con sus *Notas para la historia de los modos de producción en España* el primer esbozo de una historia de España ateniéndose a los supuestos del materialismo histórico— la primera historia española (escrita más de medio siglo después del estudio pionero de Morato), que operó con el materialismo histórico como guía metodológica de una obra que pretendía dar una interpretación marxista a la historia del país.

En la *Historia de España* se pueden apreciar todas las flaquezas, pero también las fortalezas de la historiografía de ARO. Poseía una enorme capacidad de síntesis, y sabía combinar convincentemente los diferentes factores que explicaban la historia del país: la estructura agraria y la industrial, las clases sociales derivadas de estas estructuras, las relaciones de poder, los diferentes intereses políticos. Observaba una clara línea interpretativa, de base fundamentalmente pesimista: en su visión, la historia de España era una historia fracasada que había dejado como resultado, hasta el siglo XX, un país semifeudal y semicapitalista, cuya «revolución» no había tenido lugar, tanto por falta de una clase media como por los intereses egoístas de la burguesía periférica que prefirió aliarse con la oligarquía terrateniente en vez de realizar la revolución burguesa que exigía el desarrollo histórico. La revolución pendiente y necesaria, ante todo en el sector agrario, no se realizó en España ya que —explicaba en tono decaído y desesperado— desde el siglo XIX, más pronto o más tarde un melancólico sentimiento «suele invadir a todos los liberales españoles: la persuasión de que la revolución en España es estéril» (t. II, p. 229). Y esta persuasión condenaba a España al fracaso: «Sin la reforma del estado de la propiedad agraria, España no tenía salvación» (t. II, p. 315).

En cierta manera se podría decir que la *Historia de España* trataba de justificar la estrategia del socialismo español en la Segunda República, ante todo la estrategia revolucionaria del sector izquierdista y radicalizado del socialismo en los años treinta; pero en primer lugar quería resaltar las causas «profundas» de la Guerra Civil Española y de su fatal desenlace^[36]. Que la his-

36.- Cf. Gonzalo Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*. Bern, 2010, pp. 213 y s. Ya al presentar la política de los liberales en los años

toria del país desembocase en la catástrofe de 1936, se debía a factores coyunturales provenientes de la política demasiado reformista y demasiado poco revolucionaria de la Segunda República, pero también y ante todo a factores estructurales, entre los que resaltaban la falta de una clase media y, consiguientemente, de una revolución burguesa, al igual que la falta de visión nacional de las burguesías periféricas, así como —ya comenzada la guerra— las injerencias fascistas del extranjero. La derrota de la democracia en España se explicaba, por lo tanto, con la inexistencia o, por lo menos, con la «debilidad estructural» de una burguesía revolucionaria. En el trasfondo de la gran catástrofe española del siglo XX se hallaba la incapacidad de los políticos y de la sociedad para forjar una alianza de clases que desde el proletariado hasta la burguesía industrial acabase con la hegemonía de la oligarquía agraria, sector social dominante en España.

La *Historia de España* es, en su parte contemporánea, producto de la experiencia de Ramos Oliveira como escritor y periodista, militante político y exiliado; fue leída y utilizada por hispanistas extranjeros y españoles, ante todo en la década de los sesenta, y constituyó un eslabón con las posteriores historias de España escritas desde el exilio, como por ejemplo la de Manuel Tuñón de Lara. No abundan las obras sobre la historia de España escritas por los exiliados de la Guerra Civil, pero quizá se pueda decir que fueron las de mayor significación (tanto fuera como dentro del país) y las que mayor influencia han ejercido. De sobra es conocida la polémica entre Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro, y

la repercusión que tuvo en el campo de los estudios hispánicos. Y entre las historias generales, deben mencionarse las de Rafael Altamira, de Francisco González Bruguera, de Manuel Tuñón de Lara y de Antonio Ramos Oliveira, todas ellas con un enfoque determinado y un planteamiento original que posiblemente no se les hubiera dado de no provenir del exilio; éste les impuso su carácter peculiar y generalizador, pues todas ellas pretenden presentar una visión «global» de la historia.

La categorización que muy frecuentemente se le ha adscrito a ARO, de ser un historiador «socialista» o «marxista», si bien en términos generales es correcta, en cierta manera también habría que relativizarla. Pues si bien militaba en el Partido Socialista, y muchos de sus análisis se basaban en categorías de Karl Marx, por otro lado en sus interpretaciones históricas y en su aproximación metodológica era más bien inconsecuente y eclecticista o, por lo menos, ideológicamente flexible. Sus tres monografías que preceden al comienzo de la Guerra Civil, son políticamente mucho más radicales que las publicaciones posteriores de los años en el exilio londinense y mexicano. Si en los libros y artículos de los años treinta se puede apreciar claramente su conversión de un socialismo más bien socialdemócrata y reformista a uno radical que preconizaba la lucha de clases y la revolución, en sus obras de los años cuarenta y cincuenta su materialismo es mucho más palpable y perceptible en los análisis estructurales económico-políticos que en sus proclamaciones destinadas a alentar una determinada postura y acción políticas. Incluso se podría hablar de una renovada moderación ideológica. Algunos comentaristas quizá hayan visto por eso en su obra más importante e influyente, la *Historia de España*, no tanto un ejemplo de historiografía marxista sino un ejemplo para el man-

treinta del siglo XIX, Ramos Oliveira afirmaba, en términos generales y no restringidos a la época que estaba describiendo: «Hay reformas que por su profundidad y amplitud rebasan el marco puramente legislativo del Parlamento elegido por sufragio universal» (II, p. 228).

tenimiento y la continuidad de una historiografía española liberal y democrática en unos momentos en los que la historiografía oficial franquista no dejaba ningún espacio a otras visiones del pasado nacional.

La *Historia de España* de Antonio Ramos Oliveira refleja la visión de un socialista exiliado y desilusionado con la historia de su país y de su ideología política; por las originales explicaciones (de largo y corto alcance) de las causas últimas de la Guerra Civil; por el enfoque estructural y materialista sobre el pasado del país. Por otro lado, los análisis de Ramos Oliveira no siempre están libres de contradicciones,

incluso son incoherentes en algunos casos, pero tienen para el lector de hoy la enorme ventaja de presentar la visión de un periodista-historiador socialista, con todas las contradicciones de su época, pero con un decidido enfoque materialista, en más de un sentido muy innovador para su época y ante todo en el marco de la historiografía española de los años treinta y el primer franquismo. Es una visión que en términos generales puede caracterizarse de pesimista —un pesimismo debido, indudablemente, a la frustración por el fracaso de la Segunda República y el desenlace funesto de la Guerra Civil^[37].

37.– Para una panorámica más detallada de la vida y obra de Antonio Ramos Oliveira, cf. el estudio preliminar de Walther L. Bernecker («Antonio Ramos Oliveira y la historia socialista de España», pp. IX-CLVI) a la reciente re-edición de la parte contemporánea de la *Historia de España*: Antonio Ramos Oliveira, *Un drama histórico incomparable. España 1808-1939*, Pamplona, Ugoiti Editores, 2017.